

guas de fuego; para el pueblo filipino la lengua de sus Apóstoles en la prensa y en el libro no es de fuego, sino de humo y de hielo. ¿Quién tiene motivo y derecho para acusar a la masa su falta de celo y de ardor en confesar su fe?

De esa manera se ha fatalmente restringido el campo de batalla entre la gente ilustrada, siempre muy reducida; el honor de portar y cruzar armas ha sido reivindicado como monopolio por los caballeros y rehusado a los plebeyos. Por cierto no negaré yo la utilidad y aun la necesidad de esas peleas aristocráticas, pero más interesa a la Religión y a la Patria la suerte de unos nueve millones de humildes que la conveniencia de algunos millares de personas que se creen y dicen selectas. Mejor sería hacer lo uno sin descuidar lo otro. Cierto además que es preciso ilustrar, depurar y rectificar las opiniones de la clase alta, pero no menos necesitado de dirección está el pueblo donde radica la gran fuerza de la Iglesia y del Estado. Yo comparo al escritor o periodista inglés o español en Filipinas a un pescador de caña con su anzuelito y al escritor vernacular pescando con la red de San Pedro.

¡Oh, si se encontrase media docena de

pendolistas tagalos y otros tantos bisayas, del empuje, del valor y de la ciencia de los redactores de *Estudio!* En muy corto tiempo habrían movilizado y organizado las huestes católicas. Porque el pueblo filipino es, lo sé por experiencia, muy bueno, dócil, de recto criterio y amante de justicia; no ha sido contaminado de pecados ajenos como los filosofillos e ilustradillos. Entérense un poco los que duden de mi criterio, de la opinión de los clérigos indígenas y extranjeros, pregúnteseles si no prefieren trabajar en medio de la clase filipina sin más aditamentos.

De estas consideraciones, ¿qué vamos a concluir sino que antes de censurar al pueblo filipino de indolente, apático egoísta y dormilón, sería conveniente por lo menos ponerse al habla con el pueblo, organizar por medio de la prensa vernacular el apostolado del pueblo, demostrar celo e interés verdadero y práctico para con el mismo? Si así se hiciese, no temo engañarme al pronosticar un éxito halagüeño que cambiaría los más pesimistas en optimistas entusiasmados.

CANTA-CLARO.

Holanda, octubre de 1923.

EN LA CUEVA DE BELEN

i *IVINO Infante,
a quien AUGUSTO
proclama, al justo,
la Creación;
de frío, en pajas,
verte aterido,
todo transido,
me da aflicción!*

*Vente conmigo,
Infante tierno,
a do el invierno,
es de ficción;
a Filipinas,
plantel de perlas,
que sólo el verlas
¡ya es suspensión!*

*Allí la vida,
es más serena;
la gente es buena
de condición;
te obsequiaremos
dándote fieles
a gustar mieles
sin parangón.*

*—Bien agradezco
tus atenciones,
¡bellos florones
del corazón!
Mas en tu Patria
hay herejías,
con demasías
de ofuscación.*

*Y no me causan,
ni en cien mil cuentos,
los elementos
la desazón,
que me producen
las muchedumbres,
con ciegas lumbres
de ilustración.*

*Procura, amigo,
que en tus hermanos,
malos cristianos
por turbación,
luzcan y brillen,
con sus encantos,
los frutos santos
de Redención.*

*—¡Qué bien hablado,
Jesús Lucero!
Trabajar quiero,
con gran tesón,
porque mi Patria,
de hoy más, ostente
muy diferente
decoración.*

*Pero, tú infunde,
Divino Niño,
con tu cariño
y bendición,
perenne aliento,
que se dilate,
y asfixie y mate
la irreligión.*

*Porque sabemos,
que a multitudes
las laxitudes
de presunción,
las descomponen,
por sus posturas
con ligaduras
de corrupción.*

UN FILIPINO.